

Tad Williams

**Las sucias calles
del cielo**



Bobby Dollar es un ángel que sabe más sobre el pecado de lo que debería por su misión como abogado de las almas atrapadas entre el Cielo y el Infierno. Cuando las almas de los que acaban de morir empiezan a desaparecer, tomando por sorpresa tanto al Cielo como al Infierno, las cosas empiezan a ir muy mal. Tan mal como para anunciar el fin del mundo. Atrapado entre las furiosas fuerzas del Infierno, la arriesgada y peligrosa estrategia de su propio bando, y un alma monstruosa y vengativa que le persigue para arrancarle la cabeza, Bobby va a necesitar la ayuda de todos los amigos que pueda conseguir en el Cielo, en la Tierra y en cualquier otro lugar.

LE DEDICO ESTE LIBRO A MI QUERIDO AMIGO
DAVID CHARLES MICHAEL PIERCE.

A DAVE LE GUSTABAN ESTAS COSAS Y CREO QUE
TAMBIÉN LE HABRÍA GUSTADO ESTE LIBRO. OJALÁ
ALGÚN DÍA VOLVAMOS A VERNOS, Y ÉL PUEDA DE-
CIRME EN QUÉ ACERTÉ Y EN QUÉ FALLÉ.

GRACIAS POR SER MI AMIGO, DAVE. TE ECHO DE
MENOS.
TODOS TE ECHAMOS DE MENOS.

AGRADECIMIENTOS

Como es habitual, hay demasiada gente cuyo trabajo ha contribuido a la escritura de este libro para poder agradecersele debidamente, pero las siguientes personas están en lo más alto de la lista:

Les estoy muy agradecido a mi mágica esposa, Deborah Beale, y a la primera persona que elegiría para ayudarme en un tiroteo, mi peligroso amigo Josh Stallings, por leerse todo el manuscrito y ofrecer consejos muy acertados.

Muchas gracias, como siempre, a nuestra asistente Dena Chavez y a su marido Scott Chavez, que nos ayudaron a mantener los pies en la tierra durante un año de locura mientras escribía este libro. No podría haberlo logrado sin vosotros, chicos.

A mi agente, Matt Bialer, que era y sigue siendo una enorme fuente de tranquilidad en un mundo lleno de estrés y de extraño lenguaje contractual. Salud, Matt.

Lisa Tveit da sentido a mi vida en internet, incluida nuestra página web. Nunca podré agradecersele del todo.

Y, por supuesto, a todos mis editores, pero en especial al personal encantador de DAW Books y a mis editoras Betsy Wollheim y Sheila Gilbert, que no paran de recordarme que los libros deberían tener sentido.

PRÓLOGO

RECURSOS INHUMANOS

Salía del ascensor en el piso 43 del edificio Five Page Mill justo cuando comenzó a sonar la alarma —una alarma de pesadilla, de esas que te animan a evacuar el edificio y que recuerdan a los gritos de un robot al que estuviesen torturando— y comprendí que había perdido toda posibilidad de intentar un acercamiento sutil.

¿He dicho ya que cuando me estreso suelo retomar mis viejas costumbres? Y el hecho de que me persiguiesen unos monstruos (y que quisieran convertirme en el chivo expiatorio del mayor marrón entre el Cielo y el Infierno de los últimos miles de años) estresa a cualquiera. Allí estaba yo, nervioso y necesitado de respuestas. Cuando me siento así, suelo seguir dale que te pego hasta que pasa algo.

No me ayudó a calmarme el hecho de que un fornido guardia de seguridad apareciese por la escalera a unos metros de mí, con los ojos como platos por un subidón de adrenalina y apuntándome a la cara con una pistola.

—¡Al suelo! —gritó, pero en lugar de seguir apuntándome con la pistola, empezó a moverla para señalarme dónde tenía que ponerme. En ese momento supe que aquello era pan comido.

—Espera, no... ¿no quieres ver mi placa de empleado, o... no sé? —Me esforcé en parecer un empleado cualquiera, confundido e inocente—. ¡P-po-por favor, no dispaes!

—¡Quiero que te tires al suelo! ¡Ahí! —Volvió a apuntar con la pistola hacia la moqueta, discreta y cara. Con el ruido de la alarma cada vez me costaba más oírlo, así que me

lo jugué todo a esa carta y arrugué la cara en una mueca de miedo y confusión.

—¿Cómo? ¡No te entiendo! ¡No dispaes...!

—¡Al suelo, maldita sea!

Me agarró del brazo con la mano que le quedaba libre. Yo me incliné hacia atrás para hacerle perder el equilibrio y le tiré de la muñeca; avanzó hacia mí tambaleándose y agitando desesperadamente la mano en la que llevaba la pistola para intentar mantener el equilibrio. No le sirvió de nada, porque le di un golpe en toda la cara con el antebrazo que le hizo arquearse hacia atrás y que lo tumbó como si fuese un saco de ropa sucia. Estoy casi seguro de que también le rompí la nariz.

No sabía si los guardias de seguridad de Vald eran personas normales en plantilla o soldados de la Oposición, y tampoco tenía tiempo para ponerme a comprobar si aquel tipo tenía más pezones de la cuenta. (A decir verdad, salvo en unos cuantos aquelarres decididamente *retro*, los pezones de más ya no estaban de moda como símbolo de lealtad al Infierno.) Lo dejé tendido en el suelo, vivo pero inconsciente, y tiré su pistola y su walkie-talkie en una papelerera por si acaso se despertaba antes de la cuenta.

Todo había salido como el culo; sabía que lo mejor sería largarme antes de que muriese alguien, pero tengo ese problemilla que ya he mencionado: cuando me pongo nervioso, agacho la cabeza y sigo empujando. Como un rinoceronte al que le picase algo, según las delicadas palabras de mi antiguo jefe. Decidí que, ya puestos, vería adónde me llevaba todo aquello.

Sabía que faltaban unos siete u ocho minutos como máximo antes de que el edificio se llenase de tíos con pistolas a los que no les importaría dispararme, así que subí corriendo por la escalera hasta el piso 44; allí me detuve durante un par de segundos para contemplar, por el ventanal del fondo del pasillo, la vista de las escalofriantes torres góticas de la Universidad de Stanford. La oficina principal ocupaba

claramente toda la planta, así que entré por la única puerta que había y me quedé plantado ante la mujer más tranquila a la que he apuntado nunca con un revólver. Y además era atractiva: esbelta, de rasgos eurasiáticos, morena, con el pelo corto y una mirada extremadamente fría. Estaba casi seguro de que ya habría activado la alarma silenciosa.

—¿Y tú quién eres? —preguntó con el tono de voz aburrido de una empleada del Departamento de Vehículos Motorizados. Ni se molestó en mirar el cañón del 38, aunque estaba tan solo a unos centímetros de su cara—. ¿Y qué quieres?

—Vengo a hablar con tu jefe —contesté—. ¿Puedo pasar?

En su favor tengo que decir que no se molestó en discutir conmigo y ni siquiera me amenazó; se limitó a saltar por encima de la mesa bufando y con las garras preparadas, como un ocelote cargado hasta las cejas de anfetanas, empeñada en destrozarme la cara con sus largas uñas color Big Apple Red. Tras pasarme unos cuantos segundos rodando y forcejeando con ella por la moqueta, decidí que era tan fuerte como yo, posiblemente mejor luchadora y, casi con toda seguridad —a juzgar por las cosas raras que hacía con los ojos mientras rodábamos por el suelo y yo intentaba que sus dientes no me alcanzasen el cuello—, no era un ser humano. Vamos, que aquella zorra daba miedo de verdad.

A los demonios no les gusta la plata. Es uno de los pocos recursos tradicionales que funciona. Bueno, más o menos. (Por poner un ejemplo, a los servidores del Infierno el agua bendita les hace tanto daño como la Pepsi *light*.) La plata no siempre los mata, pero casi siempre les hace daño. Por desgracia, entre unas cosas y otras, aquella semana no llevaba encima ni una sola bala de plata, así que en cuanto conseguí que se me quedase una mano libre durante un segundo, le planté la pistola delante de la cara y le desceñé tres balas de las normales. Tenía el silenciador puesto, así que el revólver no hizo demasiado ruido, pero ella no se

cortó: retrocedió chillando como una taladradora eléctrica y arañándose lo que le quedaba de cara como quien intenta limpiarse el jabón que se le ha metido en un ojo. Luego volvió a por mí. Cualquier demonio normal que ocupase un cuerpo del mundo real habría caído al recibir un disparo en la cara, pero aquel era uno de esos típicos demonios testarudos con instintos asesinos: aunque le hubiese cortado los brazos y las piernas, se habría arrastrado por el suelo como una serpiente, lanzándote dentelladas a los tobillos.

No soporto a los demonios testarudos.

En cuanto se hubo limpiado la sangre del ojo que le quedaba, dio un salto hacia delante, intentó rodearme con los brazos y volvió a tirarme al suelo. No quería gastar mis últimas balas, así que intenté dejarla inconsciente con un culatazo de mi Smith & Wesson, pero lo único que conseguí fue desplazarle la mandíbula de manera antinatural hasta un extremo de la cara; parecía que llevaba un inquietante disfraz de Popeye, pero aquello no la detuvo en absoluto. Volvía a tenerla encima, dándome bofetadas e intentando sacarme los ojos con las uñas, así que no podía hacer otra cosa aparte de protegerme. La tía también intentaba a toda costa darme un rodillazo en la entrepierna y de ahí subir hasta el pecho, para que mis huevos y mi corazón se conociesen, un encuentro que no debería producirse jamás. Aquella tía no iba a traerme más que problemas; en cualquier momento aparecerían los guardias y todo habría acabado para vuestro nuevo amigo Bobby Dollar.

No era la primera vez que tenía encima una criatura furiosa y aulladora —y sabe Dios que probablemente no sería la última—, pero mientras la secretaria de Kenneth Vald me lanzaba dentelladas a la cara con su boca torcida y llena de colmillos, y me llenaba de espumarajos sanguinolentos, no pude evitar pensar en cómo había acabado metido otra vez en una situación extremadamente desagradable.

Y, tonto de mí, llegué a la misma conclusión de siempre: que todo había sido culpa mía.

1

PAN COMIDO AL ESTILO ANTIGUO TESTAMENTO

Dejad que empiece por el principio. Todo tendrá más sentido. No mucho, pero más del que probablemente tiene ahora.

La noche que empezó esta historia estábamos casi todos en el bar: Monica Naber, el grandullón de Cielito, el Joven Elvis y el resto del Coro Enfermizo. Bueno, Kool Con Filtro estaba abajo, fumando en la acera, debido a los cambios que se habían producido recientemente en las ordenanzas locales. Sí, algunos ángeles fuman. (Yo antes fumaba, pero ya no.) Después de todo, estamos de prestado en nuestros cuerpos y no nos preocupa demasiado morir. En fin, era una noche bastante normal en El Compás hasta que mi amigo Sam entró seguido de un novato enfundado en un abrigo.

—¡A la mierda los pobres y todas sus excusas! —gritó para que lo oyesen todos—. ¡Que alguien me ponga algo de beber! —Sam arrastró hasta donde yo estaba a aquel chaval al que no había visto nunca y, de un empujón, lo sentó en una silla que había a mi lado—. Aquí hay alguien a quien tienes que conocer, chaval —le dijo—. Te presento a Bobby Dollar, rey de los capullos.

Sam se dejó caer sobre una silla al otro lado de su acompañante. El chaval estaba atrapado, pero aún no estaba asustado. Me sonrió como si se alegrase de verme, con una enorme y estúpida sonrisa, ligeramente forzada. Por lo demás, era delgado, blanco y parecía un ratón de bi-

biblioteca. Además, llevaba un corte de pelo que, de no haber sido un ángel, habría resultado evidente que se lo había hecho su madre. Supuse que era un novato que controlaba la teoría, pero si se codeaba con mi colega Sam iba a recibir unas cuantas lecciones rudimentarias de teología práctica.

—¿Quién es tu amiguito, Sammy? —Sabía que era uno de los nuestros (podemos reconocernos entre nosotros), pero parecía incómodo dentro de aquel cuerpo—. ¿Aficionado o profesional de visita?

Inmediatamente, Junior me miró con cara de perro inteligente, en plan: «No tengo ni idea de qué me estás hablando, pero estoy haciendo todo lo posible para intentar que parezca que sí». Me impresionó tan poco como su sonrisa nerviosa.

—A ver si lo adivinas —contestó Sam, y giró la cabeza—. ¡Eh, Slowpoke Rodríguez! —le gritó a Chico, el barman—. ¿Se puede saber por qué me comes la polla gratis pero eres incapaz de ponerme una copa ni aunque te la pague?

—Cállate, Riley. Me aburres —dijo Chico, pero soltó el trapo que llevaba en la mano y se volvió hacia el armario de los vasos.

—Sammy, resultas aún más encantador que de costumbre —comenté—. Dime, ¿quién es? Yo diría que es un aprendiz.

—Pues claro que sí. Joder, B, ¿no ves que aún huele a la Casa? —Así es como Sam llama a lo que casi todo el mundo conoce como «el Cielo». Habla de la Casa como si los demás trabajásemos en la plantación.

—¿En serio? —preguntó Monica Naber, levantándose en el reservado de al lado con tanta elegancia que probablemente no habríais adivinado que llevaba desde última hora de la tarde bebiendo chupitos de tequila—. ¿Lo habéis oído, chicos? ¡Tenemos a un novato!

—¿Ah, sí? —contestó el Joven Elvis. Llevaba dos años siendo el novato oficial y estaba encantado con la noticia

—. ¡Dadle una patada en ese culo de novato!

—Cierra el pico —dijo Walter Sanders sin levantar la vista de su vaso—. Que tú fueses un novato idiota no quiere decir que todos lo sean.

El nuevo se removió en la silla, a mi lado.

—En realidad no soy del todo un novato...

—¿Ah, no? —Esa vez, Sanders levantó la vista. Es un tipo muy intenso, y miró fijamente al chaval como si quisiera examinarlo a fondo—. ¿Dónde has ejercido de ángel de la guarda? ¿Durante cuánto tiempo?

—¿Ángel de la guarda? Pero... yo no... —El chaval parpadeó—. Estaba en el Archivo...

—¿El Archivo? —Sanders frunció el ceño como si acabase de beber leche cortada—. ¿Eras archivero y ahora eres abogado? Enhorabuena... Menudo ascenso.

En ese momento, Chico cerró de golpe la caja registradora, que hizo ¡ting!

—Mira, papá —dijo Sam imitando el tono de voz chillón de un niño—. La seño dice que cada vez que suena una campana, un ángel consigue sus alas.

—No seas malo —replicó Monica Naber—. El chico no tiene la culpa.

Junior la miró agradecido por haber saltado en su ayuda, pero había cosas que él no sabía: con Monica uno vive según su lógica, pero también muere según su lógica. Da miedo lo frías que pueden llegar a ser las mujeres, incluidos los ángeles del sexo femenino.

Al cabo de un rato pasó el revuelo y casi todos los parroquianos retomaron sus conversaciones privadas o sus cavilaciones solitarias. Sam fue a recoger lo que había pedido de beber. Miré al nuevo, que ya no sonreía como si todo fuese maravilloso.

—¿Se puede saber cómo has acabado aquí? —pregunté—. ¿Quién ha movido los hilos?

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Sabes a qué nos dedicamos, ¿no?

—¿Los abogados? Claro —contestó, asintiendo con fuerza—. Estoy deseando...

—Cállate e intenta no perderte. ¿Cómo te han ascendido a un puesto que a la mayoría nos cuesta años alcanzar?

Faros, coma, un ciervo que se te cruza...

—No... No lo sé. Me dijeron que...

—Ajá. ¿Quién vela por tu carrera? Alguien tiene que ser. Piénsalo bien.

—¡No sé de qué me hablas!

Sam volvió con sus bebidas, un chupito de biter generosamente aderezado con tabasco y un refresco de zarzaparrilla para acompañar. Sam lleva varios años sin probar el alcohol, pero eso no le impide frecuentar El Compás.

—¿Ya le has hecho llorar, B?

—No, pero estoy en ello. ¿De dónde has sacado a este pardillo, Sammy?

—He estado en la Casa. Me lo han endosado allí. —Algo empezó a zumbarle en el bolsillo—. Mierda. ¿Un cliente, ya? —Miró el teléfono frunciendo el ceño, se bebió el biter de un trago y tomó aire como si alguien le hubiese echado queroseno en la entrepierna—. ¿Te importa acompañarnos? —me preguntó—. Hazme ese favor. Así podrás explicarle unas cuantas cosas a Clarence, el ángel en prácticas.

—¿Clarence? No se llamará así de verdad, ¿no?

—¡No me llamo así! —exclamó el chaval. Por primera vez nos plantaba cara con dos cojones. Ya me caía un poco mejor, aunque no demasiado.

—Ya, pero no me acuerdo del nombre que me dijeron, así que voy a llamarte Clarence —dijo Sam. Se acabó el refresco y se limpió la boca con el dorso de la mano, como en los viejos tiempos, cuando la bebida acabó por matar a su anterior cuerpo—. ¡Vámonos!

—Para ya. No me llamo Clarence, me llamo Haraheliel. —El nuevo se estaba comportando como un valiente, como un soldadito de verdad—. Mi alias es Harrison Ely.

—Vale. Te quedas con Clarence —dije—. Sam, ¿en mi carro o en el tuyo?

—Estoy medio subido en la acera y nadie se ha dado cuenta todavía, así que supongo que deberíamos coger el mío.

No fue fácil bajar de la acera el insulso sedán de la empresa de Sam. Un camión había estacionado para descargar y, para cuando logramos salir de allí, nos habíamos dejado buena parte de la pintura del coche en el parachoques del camión. De haber sido mi coche, me habría puesto a gritar, pero Sam no les da ninguna importancia a los vehículos.

—¿Dónde está? —le pregunté al doblar por la calle Main, una de las calles con más tráfico del centro de Jude. Allí se concentraban los comercios, las torpes actuaciones callejeras y la mendicidad a lo grande.

El chaval forcejeaba con el cinturón de seguridad, que llevaba mucho tiempo sin usar, intentando sacarlo de entre los asientos de atrás. Casi todos los edificios más famosos quedaban a nuestra espalda, pero las brillantes torres de Mission Shores estaban bastante cerca, hacia el norte, y las misteriosas siluetas de las grúas del puerto se alzaban por delante de nosotros, iluminadas desde abajo, angulares como una flota de naves de desembarco alienígenas.

—En el agua —contestó Sam—. Muelle 16, para ser exactos.

—¿Lo han encontrado flotando?

—Más o menos. Ha caído al agua hace unos minutos. Seguramente se habrá saltado alguna barrera.

—¿Lo conozco?

—Es una vieja apellidada Martino. ¿Te suena?

Mientras negaba con la cabeza, el chaval saltó desde el asiento de atrás:

—Esa no es manera de hablar de un alma humana única.

«Ángeles —pensé para mis adentros—. Somos ángeles, y los ángeles somos pacientes».

* * *

El Puerto de San Judas ocupa unos veinticinco kilómetros cuadrados en la costa sudoeste de la bahía de San Francisco. El coche estaba en el agua al final del muelle; una barrera de madera rota señalaba el punto por donde había entrado en la grada vacía. Los reflectores cortaban la oscuridad, salpicaban de luz las altas fachadas de los edificios de oficinas del puerto y hacían brillar como el jade el agua de la bahía.

En tierra, parecía que la policía portuaria y los otros agentes hubiesen llegado con prisa; también había un par de grúas y un camión de bomberos aparcados junto al muelle de un modo un tanto extraño. Un buzo acababa de salir del agua después de enganchar algo con unos cables; levantó el pulgar en señal de aprobación y los cabrestantes de las grúas comenzaron a girar. Los cables se tensaron, los motores gimieron y, al cabo del rato, la parte de atrás de un gran vehículo blanco emergió del agua, pero casi inmediatamente uno de los motores tableteó y se apagó. El otro hizo un esfuerzo y siguió funcionando a duras penas unos segundos más hasta que también acabó por rendirse. Los conductores de las grúas y varios policías portuarios empezaron a gritarse entre sí mientras salíamos del coche.

—¿Por qué no lo sacan del todo? —preguntó Clarence con los ojos como platos—. ¡Pobre mujer!

—Porque probablemente pese mucho: está lleno de agua —le dije—. Pero la conductora ya está muerta; si no, no habríamos recibido la llamada, así que da igual el tiempo que pase ahí sentada. ¿Sabes en qué consiste salir al Exterior?

—¡Por supuesto! —exclamó, ofendido.

—El tío es un hacha —dijo Sam, y se dirigió hacia el resplandor que ya aparecía en el aire, como un espejismo vertical, y anunciaba una salida. El término oficial para cada

una de estas salidas es «egresión», pero aquí abajo las llamamos «Cremalleras». Las abrimos siempre que las necesitamos, pero los ángeles terrenales no sabemos cómo funcionan. El caso es que funcionan.

Mientras el chaval y yo seguíamos a Sam para entrar, un par de transeúntes miraron brevemente hacia donde estábamos, pero enseguida perdieron el interés. Con el paso de los años he descubierto que no es fácil vernos cuando estamos trabajando. Seguimos ahí, no sé si me explico —tenemos cuerpos de verdad—, pero si no queremos que nos veas, es probable que no nos veas, o al menos luego no recordarás habernos visto.

Sam y el chaval desaparecieron en el interior de la línea brillante que se abría en mitad del aire y yo los seguí.

Como siempre, lo que más me llamó la atención al principio fue el silencio que reinaba en el Exterior, un silencio pesado, como si de repente nos hubiesen soltado en la biblioteca más grande y silenciosa del universo. Básicamente, seguíamos en el mismo sitio: en los muelles, con los coches de policía y los vehículos de seguridad iluminando la oscuridad con sus luces rojas y azules, y la silueta de los edificios más altos del centro estirándose hacia el cielo, allí al fondo, como una cadena montañosa. Pero no se movían ni los reflectores de la policía, ni las bocas de los polis, ni el helicóptero que sobrevolaba la torre Intel, ni el buzo flotando en un mar de gelatina verde, ni siquiera las pocas gaviotas a las que aquel revuelo había espantado de los pilotes y parecían haberse quedado congeladas en pleno vuelo, como ejemplares disecados colgando del techo de un museo. Solo cambiaba una cosa en el Exterior: una mujer de pelo corto y gris con un impermeable oscuro estaba plantada entre los policías petrificados, aunque ninguno de ellos podía verla.

—Es ella —dijo Sam—. Oye, B, ¿quieres acompañar al chaval a conocer a la cliente mientras yo espero al ángel de